



 Davide  
Longo Pura rabbia

DESTINO

Serie Los crímenes del Piamonte

# Pura rabia

Davide  
Longo

Traducción de  
Lara Cortés Fernández

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1652

Título original: *Una rabbia semplice*

© Davide Longo, 2021

© por la traducción del italiano, Lara Cortés Fernández, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

La traducción al castellano del verso de «Vainement», de Jacques Prévert, es de Graciela Isnardi, *Espectáculo*, Schapire, Buenos Aires, 1976.

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-233-6530-2

Depósito legal: B. 6.069-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# I

Después de esquivar su tarjeta de identificación y una moneda de veinte céntimos, Arcadipane reconoce bajo sus dedos la última de las gominolas de regaliz que compró ayer en la tienda de Elsa. La extrae con cuidado, le quita las pelusas procedentes del fondo del bolsillo, se la lleva a la boca y espera ese instante en el que los granos de azúcar de la superficie serán ya un recuerdo y el regaliz con aroma de naranja, una realidad. Cuestión de tres segundos. A continuación, se baja de su Alfa 33, lo cierra con llave y se dirige, atravesando el patio, hacia la puerta de cristal instalada el mes pasado por deseo de las altas esferas.

En el rellano de cemento, una línea de cinta adhesiva indica el punto en el que la fotocélula detecta y abre. Arcadipane se detiene y aguarda. Nada.

—Pero ¿qué cojones...?

Da un paso hacia delante. Nada. Uno hacia atrás. Nada. El artilugio sigue escrutándolo desde arriba con su ojillo rojo, indiferente a su metro con sesenta y ocho centímetros y sus ochenta y nueve kilos. Consulta la hora en su muñeca —las cuatro y tres

minutos—, mientras la última lámina de sol entra en el patio, penetrando en aquellos dos metros de vestíbulo.

—Pero esta...

Apoya la cara contra el cristal, borrando así el reflejo de su propio rostro sudado, las mejillas mal afeitadas, el pelo escaso y a jirones y esos ojos hundidos en la cavidad neandertal de sus cuencas. Fratamico está en la garita de la entrada como un Niño Jesús entre algodones, con la cabeza inclinada sobre el ordenador, seguramente enredado en su tráfico de peceras, calentadores y tortugas de agua.

—Esta cabeza de mierd...

Arcadipane echa una ojeada panorámica a las ventanas que dan al patio. Nadie, al parecer. Pero ¿a cuántas personas ha visto en las últimas semanas contorsionándose debajo de esta fotocélula entre las risitas de sus compañeros tras las persianas? Hasta hay un vídeo en YouTube. Pues imagínate si el bufón es justo ese gilipollas que te dice ve para allí, ve para allá, prepara el informe, cómo no se te ha ocurrido pensarlo antes... Un chollo.

Se saca del bolsillo el teléfono móvil y lo levanta bajo la fotocélula, fingiendo buscar cobertura. Nada.

—La madre que...

Ahora mismo, se dice Arcadipane, le disparo a esta fotopollas, subo a la oficina y firmo una orden para que en su lugar se instale una persiana como la de los bares, una puerta plegable como la de los aseos, una puerta basculante, una... La puerta se abre.

En el vestíbulo lo recibe el calor insano de los edi-

ficios públicos en los días de entretiempo: algún que otro radiador todavía encendido, no se sabe por qué, detergentes baratos, aire mohoso, café arábica de máquina expendedora y plantillas para zapatos.

—¿No se abría? —pregunta Fratamico, con el dedo todavía apoyado en el botón rojo de apertura.

—¡Anda ya! ¿Qué dices? Lo que pasa es que yo suelo pasarme cada mañana diez minutos delante de la puerta reflexionando sobre si debo entrar o no. Por cierto, ¿no tenían que venir los que la instalaron?

—Vinieron y se fueron —responde Fratamico—. Según ellos, funciona a la perfección. Pero hay que colocarse en el punto exacto.

—Concretamente, ¿dentro del edificio?

Fratamico lo mira a la espera de entender lo que ha dicho.

—Oye —Arcadipane lo exime de esa obligación—, déjala abierta. Aquí dentro estamos a treinta grados.

—Claro que sí, comisario. Siempre abierta.

Arcadipane sube por las escaleras, ascensor averiado, recorre el pasillo respondiendo con mínimos movimientos faciales a los saludos, cincuenta y dos metros lineales de reconfortante hipocresía, y después llega a su despacho, entra y deja la puerta abierta. Una señal. De hecho, apenas unos segundos más tarde llega Pedrelli, cierra la puerta tras de sí y no se sienta, porque él no se sienta nunca.

—El joven está abajo, comisario. Lo detuvimos esta mañana a primera hora, como usted indicó.

Arcadipane observa al hombre que desde hace

veinte años es su subordinado: siempre de camisa, siempre peinado con raya, siempre piamontés, siempre puntual, siempre no de baja, siempre correcto, siempre de otra época, siempre un tocapelotas, siempre qué haríamos sin él.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Nos ha acompañado sin hacernos preguntas. En su casa solo estaba su madre. Lloraba, pero no demasiado. Creo que se piensa que es por uno de sus trapicheos habituales.

Arcadipane saca el expediente de la carpeta verde que desde anoche está sobre su escritorio. En ella aparece escrita la palabra METRO en letra de imprenta, como escriben quienes no se sienten cómodos a la hora de escribir. O sea, él.

—Primero vamos a ver otra vez la grabación —ordena mientras se pone de pie.

Recorren, ya sin hacer ningún ademán de saludo, el pasillo que se demolió seis años atrás para imprimir un estilo americano a los despachos: separados unos de otros por tan solo un cristal. Arcadipane, con sus andares basculantes de maquinaria de construcción; Pedrelli, sutil y ligero como un paje. A su izquierda, los escritorios de sus compañeros, dos o tres por cubículo; los demás, fuera, porque uno se dedica al oficio de policía en un cincuenta por ciento por el sueldo y en el otro cincuenta por ciento porque es un trabajo al aire libre.

La sala de vídeo se encuentra en el entresuelo. El reino de Franco. No es necesario anunciarse. Él siempre está allí. Cuando no trabaja con el material que le pasan las jefaturas de policía, monta vídeos de bodas,

de confirmaciones, de *rallies* y de partidos de fútbol. Así redondea su salario. Nadie tiene nada que reprocharle, pues cuando llega la hora de hacer su trabajo es magnífico y puntual y siempre está disponible. El Estado no se va a arruinar por un poco de electricidad y de desgaste de sus máquinas.

Lo encuentran en su ordenador. Pelo rojizo y aspecto de crío, aunque ya tenga treinta y seis años, dos hijos, un título universitario de Informática y cerebro suficiente como para no querer ascender.

Arcadipane se sienta en el sillón giratorio.

—¿Me lo enseñas otra vez?

Franco hace clic y el vídeo que tenía ya preparado en el monitor se pone en marcha. En la parte superior avanza un temporizador con la fecha y la hora. Marca las 22.16. Los segundos discurren veloces, como suelen hacer los segundos. Aparece una figura en lo alto de las escaleras mecánicas. Franco la detiene en el centro de la pantalla.

—Aquí es cuando entra en la estación de metro de Lingotto.

Arcadipane acerca la cara. Franco amplía la imagen.

—Si lo agrando más perdemos nitidez —advier-te—. Esta es la mejor solución intermedia.

Arcadipane estira el cuello. Después retrocede, buscando la distancia adecuada para enfocar bien. El tipo lleva una chaqueta ceñida con un cinturón y unas bermudas con muchas flores. En los pies, botas militares. Se está colocando una máscara.

—¿De la máscara estáis seguros?

Franco desplaza los dedos por un teclado más pe-



queño. Otro monitor, hasta entonces en negro, se enciende. Aparece una máscara en primer plano, blanca, con ojos, nariz y boca oscuros, las facciones deformadas en una mueca. Las imágenes tienen una definición muy buena.

—Se empezó a utilizar en las películas de terror. Más tarde la recuperaron unas cuantas comedias de menciales. La puedes comprar en internet, en los supermercados y hasta en las papelerías. Yo diría que hoy la conoce casi todo el mundo.

Arcadipane relaja la espalda y gira el cuerpo un poco hacia la derecha y hacia la izquierda, balanceándose sobre el perno.

—De acuerdo. Muéstrame el momento en que sale.

Franco trabaja con el teclado hasta que la imagen del metro de antes se sustituye por otra: el mismo tipo, con la máscara puesta, sube por las escaleras mecánicas. Franco la detiene. Señala el temporizador.

—Principi d'Acaja, son once paradas. Las diez y treinta y ocho. Si tenemos en cuenta el tiempo de espera y de viaje, salen los cálculos. —Amplía la imagen—. Y este es el kimono. El nombre del gimnasio se distingue bien.

Arcadipane se apoya las manos sobre la boca, como si quisiese soplar en el hueco que queda entre ellas. Observa las letras oscuras sobre el fondo claro de la tela.

—¿Y el dueño del gimnasio?

—Un tipo serio —informa Pedrelli, que se ha quedado tras él—. Un maestro de la vieja escuela.

En ese mundillo lo conocen todos. Dice que el chico va a su establecimiento desde hace dos años. Sabe que tiene antecedentes, pero en el gimnasio se comporta bien. Incluso ha ganado algunas competencias. Ningún problema con los compañeros.

—¿Hachís? ¿María?

—Trapichea a las puertas de su antiguo instituto y quizá también en la discoteca en la que trabaja, pero parece que en el gimnasio no.

Arcadipane se levanta, roza con su mano el hombro de Franco, que es su manera de darle las gracias, y salen.

Recorren las escaleras, un rellano y otro tramo más de escaleras hacia abajo. En todo momento en silencio, porque un boxeador entrado en años y su segundo no necesitan decirse gran cosa en el camino del vestuario al cuadrilátero. Arcadipane dirige un gesto a modo de saludo al agente de la puerta y entra el primero. Pedrelli, detrás.

El chico está sentado a la mesa del centro de una sala que parece cuadrada, aunque para serlo le faltarían diecisiete centímetros de anchura. Tiene diecinueve años, el pelo rapado a los lados y una ligera cresta en el centro. La cara de sinvergüenza característica en las viviendas de protección oficial.

Arcadipane se acerca al escritorio y coloca sobre él la carpeta.

El chico no parece gordo, pero viste una chupa ancha. Arcadipane observa sus muñecas y constata que son sólidas, de mecánica eficiente, elaboradas en un material que no se rompe. El cuello es fino, pero fibroso. Se lo imagina a la puerta de la discoteca en

la que trabaja, un lugar de mierda para cafres, con chaqueta *bomber*, botas, expresión de tipo duro y pinganillo. Los gorilas más viejos en parte se ríen de él y en parte lo mantienen a raya. Sin embargo, no parece que haya habido problemas jamás. O, al menos, no constan denuncias. Pero de un lugar como ese nunca llegan denuncias. Las cosas se arreglan de otra manera.

Arcadipane se acerca la silla y toma asiento. Abre el expediente y lo hojea con mucha calma.

—¡Llevo cinco horas esperando! —le espeta el otro.

Arcadipane no necesita mirarlo, se lo sabe ya de memoria: cejas impecables, mirada cabreada, nada de pendientes. Probablemente, tampoco tatuajes. Tal vez un poco facha. O al menos simpatizante de ese bando.

—Había tráfico —se limita a responder mientras se acerca un folio a la cara como si no viese bien—. Luca Apostolo. ¿Qué apellido es Apostolo?

—Un apellido. ¿Me podéis decir ya qué coño estoy haciendo aquí?

Arcadipane coge otro folio y se lo tiende a Pedrelli, que se ha quedado de pie, un paso por detrás.

—¿A ti qué te parece? —le pregunta sin mirarlo. Pedrelli, no precisamente desenvuelto, lee.

—¿No es extraño? —lo ayuda Arcadipane.

—Un poco —responde con timidez el subordinado.

Arcadipane vuelve a meter el folio en la carpeta. La cierra. A veces esta escenificación sale bien, otras veces, no.

—El domingo, pasadas las diez de la noche, te subiste al metro en la estación de Lingotto y te bajaste en Principi d’Acaja. ¿Qué fuiste a hacer a aquel barrio? ¿Había una fiesta de disfraces? ¿O es que te gusta ir por ahí con esas pintas?

El chico mira hacia un lado, justo donde en realidad no hay nada. De hecho, en la sala no hay nada aparte del escritorio, las dos sillas, la puerta y un espejo que todo el mundo sabe qué es.

—¿Conoces a Dolores Mendes?

—No —responde, seco, el joven.

Arcadipane se saca los cigarrillos de la chaqueta, que no se ha quitado ni en el despacho ni en la sala de vídeo, como tampoco se la quitará aquí. Su cuerpo está acostumbrado a pasar del calor al frío, a sudar y, después, a enfriarse. La última vez que le dio fiebre fue hace por lo menos veinte años. Y entonces fue por unos mejillones.

—Es una mujer que cada noche toma un tren a las nueve y media en el pueblo de Trofarello, llega a la estación de Porta Nuova, se sube al metro hasta Principi d’Acaja y a las once le da el relevo a una filipina para cuidar a un viejo director de banco que ahora pierde liquidez en otro sentido al de sus tiempos en la sucursal. Mendes trabaja hasta las once de la mañana, que es cuando vuelve la filipina. Así cada día, sábados y domingos incluidos, por ochocientos euros, que manda casi en su totalidad a la familia de su hermana, que está... ¿Dónde está, Pedrelli?

—En Colombia.

—En Colombia. ¿Alguna vez le has cambiado el pañal a un viejo?

El chico no se gira hacia él, no habla.

—Pues esto es lo que ella suele hacer. Y vale que no es gran cosa, pero resulta que el domingo por la noche salió del metro, dobló la esquina y se encontró a un gilipollas que la tiró al suelo, se puso a darle patadas en la cabeza y después huyó. Un par de personas que estaban asomadas a la ventana aseguran que ni siquiera intentó robarle el bolso. La pateó y punto. Y están seguros de que llevaba un kimono, unas bermudas con flores y una máscara. Ella no puede confirmarlo porque se encuentra en coma.

La expresión del chico no parece haber cambiado, pero sí que lo ha hecho. Sus pupilas son más pequeñas, como si la luz de la sala hubiese aumentado. Sus cejas presentan una inclinación diferente y sus labios, un color distinto, porque es distinta la presión con la que se aprietan entre sí.

—No es verdad —se defiende.

Arcadipane fuma, mostrando un placer casi sexual.

—¿Qué no es verdad? ¿Que te vestiste así? ¿Que Mendes está en coma? ¿O que hasta el más gilipollas sabe que en el metro hay cámaras de vigilancia?

El joven traga saliva como si con ella estuviese excavando un canal virgen, nunca antes recorrido.

—¿Para qué iba a pegarle? ¡No sé ni quién es!

—¿Pedrelli?

—¿Sí, comisario?

—¿Cuántas veces hemos estado ya en esta sala?

—Muchas.

Arcadipane apoya las manos sobre el escritorio, y los codos, sobre la carpeta. A pocos centímetros de sus dedos se encuentran los del chico.

—¿Sabes por qué la mayoría de quienes se han sentado en el mismo sitio en el que estás tú ahora habían hecho lo que habían hecho?

El joven no piensa. No puede pensar. Un gato que ha caído a un pozo no piensa en nada. Salta y se agarra a las paredes. Si pensase, no lo haría. Comprendería que es inútil. Ahorraría energías.

—No lo sabían —continúa Arcadipane—. No sabían por qué lo habían hecho.

Se echa hacia atrás, suspira, vuelve a hojear el expediente. Hay varias fotos grapadas, pero a él le interesan más los folios en los que aparecen los sellos del juzgado de menores, los servicios sociales, la jefatura de policía.

—Te gusta dar palizas, sentarte entre los ultras en el estadio, frecuentar lugares donde a veces hay broncas, y siendo menor te detuvieron también dos veces por vender droga. Por si fuera poco, la segunda vez incluso le rompiste la nariz a uno de los agentes.

—¿Y qué hay de lo que ellos me hicieron a mí? ¿No aparece escrito ahí?

—Me importa un carajo lo que te hicieran ellos —responde Arcadipane con calma—. No será ni la mitad de lo que te vamos a hacer esta vez.

El chico se cruza de brazos y frunce el ceño. Un tipo de mierda. Un crío al que habría que dejar en una isla desierta e ir a recogerlo diez años después para comprobar si por lo menos la naturaleza ha conseguido arreglar algo en él, porque lo que son los servicios sociales o la cárcel...

—Ese ya es un asunto antiguo —objeta—. Ahora me dedico a otras cosas.

—¿Otras cosas como ser camello en una discoteca? ¿Vender porros a la puerta de los colegios? ¿Repartir pastillas en el gimnasio?

—En el gimnasio no reparto una mierda. ¡Y no tengo nada que ver con esa tía!

Arcadipane ríe, enseñando sus feos dientes.

—¡Claro que no! De hecho, después vamos a interrogar a los otros veinte que el miércoles se bajaron también en Principi d'Acaja diez minutos antes que Mendes, vestidos con el kimono de tu gimnasio y con la misma máscara que hemos encontrado en tu casa.

El chico deja de saltar contra la pared del pozo. Reflexiona.

—Era una apuesta —precisa.

—No lo entiendo.

—Una apuesta —repite, molesto por tener que explicarlo—. La idea era vestirme así, en plan imbécil, y pasar por varias estaciones. Eso es todo.

—¿Una apuesta con quién?

Baja la cabeza y empieza a recorrer con el dedo índice el canto de su lado de la mesa.

—Con mi chica.

—Con tu chica. ¿Apostaste con tu chica que te ibas a vestir en plan imbécil y a romperle la cabeza a una desgraciada?

—¡No! —grita. Después se calma y vuelve a bajar la mirada—. Solo aposté que me vestiría así.

—¿Pero qué mierda de apuesta es esa?

Se encoge de hombros.

—Una gilipollez. Para demostrarle que la quiero de verdad. Ella decía que no sería capaz de hacerlo.

—¿Y la máscara?

—La habíamos visto en una película. Era graciosa.

—Sí, la verdad es que nos estamos riendo un montón.

—Ya les he dicho que no fui yo —insiste, mirando a Pedrelli—. Llegué a la estación, me bajé y volví a casa.

—¿Cómo?

—A pie.

—¿Hasta el barrio de Barrera?

—Sí.

—¡Vestido como en carnaval!

—Me quité la máscara. También el kimono. La apuesta era que viajaría así en el metro.

—¿Y cómo sabe tu chica que de verdad lo hiciste? Podrías haberle dicho que sí, pero rajarte después. ¿O es que ella te acompañaba?

—No.

—¿Entonces?

—Confiamos el uno en el otro.

—Confíaís el uno en el otro.

—Sí.

—Pero claro, si leía en el periódico que un tipo vestido así le había dado una paliza a una desgraciada, a lo mejor confiaba más.

—¡Que no le he hecho nada a esa, coño! —Se pone de pie bruscamente—. Y ahora, ¡dejad que me vaya!

Todo su cuerpo está vibrando. Arcadipane sabe que, en este estado, es posible que el chico le salte encima o que rompa a llorar. Si llora, la probabili-



dad de que sea culpable pasa del noventa al noventa y cinco por ciento. Si le salta encima, del noventa al noventa y siete. Para él, más o menos es lo mismo. Es como abrir una lata de alubias por un extremo o por el otro. El abrelatas tendrá que hacer el mismo esfuerzo. Las dos opciones son buenas, teniendo en cuenta adónde se quiere llegar.

Pero en vez de eso, el chico empieza a dar puñetazos en la mesa.

—¡Si no me soltáis, lo destrozo todo! ¡Joder!

Arcadipane se cruza de brazos y lo observa mientras el otro sigue dando golpes, hasta que se desploma sobre la silla, agotado. Sabe que Pedrelli ha dado un paso atrás, pero no le guarda rencor por ello, es solo una reacción instintiva. Como cerrar los ojos cuando alguien se pone a aplaudir delante de tu nariz.

Empieza a recoger los papeles del expediente.

—Ahora nosotros vamos a salir —anuncia—. Necesitamos unos diez minutos para recuperarnos, porque nos has impactado, de verdad. Mientras tanto, tú te quedas aquí y vas pensando en dónde compraste la máscara y en todas las demás cosas sobre las que te preguntaremos, ¿de acuerdo?

Pedrelli y él salen de la habitación y recorren el pasillo hacia las escaleras. Lavezzi y Botta también salen del cuarto situado tras el espejo. Se colocan a los lados. Arcadipane consulta la hora.

—Tengo que irme un rato. Cuando vuelva, le damos otro repasito. Mientras tanto, tú, Pedrelli, consigues que te autoricen la detención. Tenemos elementos para hacerlo. Si el fiscal pone pegas, me

llamas, ¿vale? Pero solo si pone pegas. De lo contrario, nos vemos aquí dentro de dos horas. Vosotros dos: el móvil del chico, el registro de llamadas, tanto las entrantes como las salientes, todo. Y también la conexión a las antenas de telefonía. Veamos si ha enviado vídeos o fotos y a quién lo ha hecho. Y dadle a Franco el ordenador que habéis cogido de su casa. Decidle que le haga la autopsia.

—¿Y la novia? —pregunta Lavezzi.

—Comprobad quién es y dónde está, pero no la interroguéis todavía. Iremos a buscarla mañana a primera hora, a las siete, y la traeremos aquí. Sin decirle nada. Ahora tengo un compromiso familiar, no puedo aplazarlo. Nos vemos dentro de dos horas. Apuntad las horas extra.

—¿Dónde? —quiere saber Botta, que es competente, pero aún joven.

Pedrelli y Lavezzi suben por las escaleras mientras ríen con sarcasmo.

Arcadipane, sin embargo, se queda mirando fijamente al joven Botta. Tiene prisa, pero ver a alguien que está haciéndose un hombrecito siempre es maravilloso.